

**ANTONIO MARÍA MANRIQUE, UN INTELLECTUAL
INCONFORMISTA Y ROMÁNTICO. DE LA PALMA A
SAN BORONDÓN (1899-1906)**

JOSÉ EDUARDO PÉREZ HERNÁNDEZ

I. MANRIQUE: APUNTES DE SU VIDA Y DE SU MENTALIDAD

Antonio María Manrique y Saavedra nació en Tetir (Fuerteventura) el 10 de septiembre de 1837, en el seno de una familia acomodada. Cursó estudios de magisterio en el Colegio de San Agustín de Las Palmas, donde se tituló de maestro de instrucción primaria elemental, obteniendo más tarde el grado superior en La Laguna.

Emigró a Venezuela en 1856. Allí fue maestro en Caracas y La Guayra, e intervino en la guerra civil de 1859 al lado del presidente Julián Castro, frente a la sublevación de Ezequiel Zamora. En 1860 saltó a las Antillas, primero a Puerto Rico, luego a Cuba, donde desempeñó la docencia y alcanzó el puesto de director del Colegio de San José de la Villa de Colón.

Entre 1861 y 1863 Manrique estuvo enrolado en el *Fernando el Católico*, buque de la armada española en campaña antiesclavista por las costas africanas, desde Costa de Marfil al Sahara, lugar este último a donde volvería mucho más tarde, en 1882, para explorar y cartografiar su litoral en busca de las ruinas de Santa Cruz de Mar Pequeña, como veremos más adelante.

Volviendo al año 1863, lo encontramos de nuevo en las Antillas. Primero viose envuelto en las luchas civiles de Santo Domingo; después anduvo una vez más por Puerto Rico antes de viajar a los Estados Unidos, donde aprendió el inglés.

Hasta aquí su etapa más aventurera. En 1864 regresó a Canarias para proseguir sus estudios en Las Palmas, que compaginó con la docencia en la capital gran Canaria y en Puerto de Cabras, obteniendo el bachiller y más tarde el título de perito mercantil y agrimensor. Tras contraer matrimonio, ingresó en la escuela de náutica, si bien la abandonó para titularse de notario en Madrid. Ejerció de tal en Valverde de El Hierro, Antigua y Puerto de Cabras en Fuerteventura, y en Las Palmas, antes de fijar su domicilio definitivo en Arrecife de Lanzarote, donde, además de titular de su notaría, fue periodista y también docente en un colegio de primaria y secundaria fundado por él. Murió en aquella ciudad en enero de 1907¹.

1. Esta breve relación biográfica ha sido obtenida de los textos siguientes: MUÑOZ JIMÉNEZ, Rafael: "Antonio María Manrique: vida y obras. En torno a su obra inédita", *Revista de Historia Canaria*, núm. 172, La Laguna- Tenerife, 1980, pp. 221-242; SÁENZ MELERO, Antonia: "El pensamiento de Antonio María Manrique", en *II Jornadas de Historia*

Manrique es un personaje histórico sumamente atractivo para un historiador de las mentalidades. Su vida avala al hombre de temperamento inquieto y soñador que, sin embargo, no pierde de vista cierto pragmatismo necesario para consolidarse en una posición social privilegiada. Parece, en efecto, un impetuoso viajero juvenil por tierras de la América antillana y continental, incluso metiéndose en medio de sus conflictos políticos y sociales, aunque seguramente impedido en primera instancia por un afán de buscar en América mejores expectativas profesionales para su carrera docente, dado que en Canarias era entonces dicho popular lo de pasar más hambre que un maestro de escuela.

Asimismo, sus años de marino a bordo de un buque de guerra en persecución de barcos negreros por la costa occidental de África, que sin duda, como veremos, abrió en él un ventero de nuevas inquietudes, no tuvo quizás de inicio otra motivación que la de cumplir con el servicio militar pendiente. La guerra con Marruecos (1859-1860) había obligado a la movilización de todos aquellos jóvenes españoles, más o menos pudientes, que se apuntaban en las matrículas de gentes de mar precisamente para eludir la mili ordinaria. Pero, al fin, tampoco triunfó el romanticismo de la vida marinera que le tentaba, toda vez que dejó sus estudios náuticos, fundó una familia y buscó en el notariado la seguridad de la vida sedentaria y burguesa, que a la postre le convirtieron en uno de los mayores contribuyentes de Arrecife.

Si en su vida física Manrique antepuso al fin la cómoda estabilidad al riesgo nómada de su mocedad, en su vida intelectual predominó el inconformismo, el espíritu de indagación y la búsqueda de respuestas alternativas a lo establecido. Fue por ello un estudioso y divulgador incansable de múltiples conocimientos útiles para sus coetáneos, así como apasionado partícipe en algunas estimulantes controversias científicas de su tiempo en el ámbito canario.

II. MANRIQUE: ESCRITURA Y TEMÁTICA GENERAL

Ya en su etapa inicial de magisterio, ante la insuficiencia de los manuales escolares al uso, dio sus primeros pasos literarios escribiendo varias obras pedagógicas². A ellas seguiría una docena más de libros de divulgación científica y de ficción literaria —que irán saliendo a lo largo de este trabajo—, además de numerosísimos artículos de prensa distribuidos por más de cincuenta periódicos

de Lanzarote y Fuerteventura. Servicio de Publicaciones del Cabildo de Lanzarote, Arrecife, 1990, tomo I, pp. 37-45; REYES GONZÁLEZ, Nicolás, GUERRERO ROMERO, Francisco y SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Carmen: "Don Antonio María Manrique y Saavedra: Prototipo de la burguesía canaria (1837-1907)", en *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote* (1987). Puerto del Rosario, 1989, pp. 113-154.

2. Así, *Compendio de gramática castellana con arreglo a los mejores autores* (1866); *Lecciones de dibujo lineal y nociones de geometría* (1869); *Elementos de geografía e historia natural de las Islas Canarias* (1873); e incluso puede considerarse en el mismo sentido su obra *Resumen de la Historia de Lanzarote y Fuerteventura* (1889).

de Canarias, Península y América. También fundó y/o redactó media docena de publicaciones en Arrecife de Lanzarote durante los dos últimos decenios de su vida³.

Sabemos de entrada por anteriores trabajos sobre este autor⁴, que tenía, grosso modo, dos grandes predilecciones a la hora de escribir: por una parte, cierta fascinación intelectual por desentrañar enigmas históricos o pseudohistóricos, geográficos, lingüísticos y etimológicos, relativos al Archipiélago Canario sobre todo; por otra parte, y ceñido también a las Islas Canarias, un afán por estudiar y proponer nuevas vías de desarrollo económico para aquéllas, especialmente para Lanzarote y Fuerteventura, sus islas, adoptiva la primera y natal la segunda.

Puede afirmarse, casi con total seguridad, que si varios historiadores analizáramos separadamente las múltiples colaboraciones periodísticas de Manrique a lo largo de su vida, periódico a periódico, isla por isla, ciudad por ciudad, hallaríamos siempre una constante, un modo de pensar y de sentir común reflejado en esa temática general expuesta más arriba. Al menos así se deduce de esta nueva aportación sobre la figura de Antonio María Manrique, en la que estudio su obra vinculada a la isla de La Palma.

De toda la prolífica producción de Manrique como escritor, analizo en las páginas siguientes la correspondiente a sus colaboraciones para la prensa de Santa Cruz de La Palma, unos cuarenta artículos repartidos entre los diarios *La Defensa* (1899-1903), *La Solución* (1903-1904) y *Fénix Palmense* (1904-1906), así como una novela corta sobre la isla de San Borondón que el autor mayorero presentó a un certamen literario de la capital palmera en 1905. Dado que ninguna de las publicaciones citadas se conserva completa en la actualidad, aun sumando las colecciones conocidas de las distintas hemerotecas isleñas, es más que presumible que no estén aquí todos los artículos que Manrique escribió para aquéllas. Pero considero la muestra disponible más que suficiente para el objetivo trazado, que no es otro que arrojar un poco más de luz sobre el trabajo intelectual de nuestro hombre y la consiguiente lectura obtenida de su mentalidad.

Ayuda a nuestro objetivo el hecho de que la vinculación de Manrique con La Palma tiene lugar en los últimos ocho años de su vida, y ello sólo a través de sus envíos literarios, pues todo apunta a que físicamente nunca estuvo en la isla⁵. Antes de 1899 apenas existe algún artículo suyo en la prensa palmera, pero no como colaboración expresa, sino reproducido de otro periódico canario. Digo

3. Véanse, REYES GONZÁLEZ, Nicolás *et alii*: Art. cit., pp. 119-120; SÁENZ MELE-RO, Antonia: Art. cit., p. 41.

4. En particular el de Nicolás Reyes González y otros, considerando su obra en conjunto, y el de Antonia Sáenz Melero a partir de más de 120 artículos publicados por Manrique en *La Opinión* de Santa Cruz de Tenerife entre 1894 y 1906. Véase nota 1.

5. Su primera colaboración para la prensa palmera es un artículo sobre sus impresiones de La Palma, en el cual ya confiesa que nunca ha estado en la isla; cf. Antonio M. Manrique: "La Palma / Mis impresiones I", *La Defensa*, núm. 12, 14 de noviembre de 1899, p. 1. Fechado en "Lanzarote, octubre 20 de 1899".

que facilita el acceso al pensamiento de Manrique, tanto por el análisis sincrónico que ofrece la acotación temporal que propongo, cuanto por tratarse de la etapa final en la vida del autor, la definitiva y de mayor madurez ideológica y mental.

Sabemos que durante el período de su vida aquí analizado siguió colaborando con diversos periódicos de las islas y con algunos de la Península, mas ¿por qué comenzó a escribir precisamente en aquel momento para la prensa palmera?, ¿y por qué lo hizo sólo en los tres diarios conservadores poggistas, habiéndose editado más de veinte títulos en la isla entre 1899 y 1906? A principios de 1897 el impresor Manuel Santos Rodríguez decidió remozar y ampliar su establecimiento tipográfico “Diario de Avisos” en Santa Cruz de La Palma, para lo cual compró maquinaria y material de imprenta a Antonio María Manrique, a la sazón vecino de Arrecife de Lanzarote⁶. La renovada imprenta fue trasladada a la calle Real de Santiago, núm. 27, de la capital palmera, y allí verían la luz las tres publicaciones antedichas, cada cual heredera natural de la anterior, todas en elogio y alabanza del diputado conservador palmero Pedro Poggio y Álvarez, todas combativas contra el cunerismo. Hay por tanto un vínculo inicial de Manrique con La Palma de tipo comercial. Pero el apoyo con su presencia a los periódicos poggistas que allí fueron editados en los años siguientes, revela algo más que una vieja amistad con Pedro J. de las Casas Pestana, director de *La Defensa* y de *La Solución*; también parece sugerir una participación indirecta en el encumbramiento político de Poggio⁷.

No es su faceta política, sin embargo, la que nos interesa de Manrique en este trabajo, sino la del intelectual inquisitivo y, en buena medida, inconformista.

III. MANRIQUE, EL DESCUBRIDOR

Aquel bienio de su juventud que Antonio María Manrique pasó navegando por la costa occidental de África, fuese como marino voluntario o no, marcaría el devenir de un sueño años más tarde. En una época en que África era tierra de aventureros y exploradores como Barth, Rohlfs, Livingstone, Stanley, Burton, Speke, Brazza..., por citar sólo algunos coetáneos suyos avanzadillas del colonialismo europeo, habría de arraigar en Manrique una idea fija desde la mitad de la década de 1870 hasta el final de sus días: esto es, que el gobierno español colo-

6. VIZCAYA CÁRPENTER, Antonio: *Tipografía canaria. Descripción bibliográfica de las obras editadas en las Islas Canarias desde la introducción de la imprenta hasta el año 1900*. Santa Cruz de Tenerife, 1964, p. LXXV.

7. ¿Y qué hacía un leonista como Manrique apoyando al conservador Poggio? En realidad, Poggio acababa de convertirse en el flamante interlocutor político de León y Castillo en La Palma, merced a un pacto entre ambos, lo que permitió al primero copar el cargo de diputado a Cortes por la isla durante no pocos años; cf. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, María Rosa: “Prensa y poder: Los periódicos de La Palma en la dinámica política de la Restauración”, en *Revista de Historia Canaria*, núm. 181, Servicio de Publicaciones de La Universidad de La Laguna, Tenerife, 1999, p. 150.

nizara de nuevo el enclave de Mar Pequeña en la costa noroeste africana, como base para el desarrollo del banco pesquero canario-sahariano, que consideraba sería el futuro económico de las islas. Manrique, pues, costeó y cartografió con este fin el litoral noroccidental del Sahara, buscando y, a su parecer, encontrando, las ruinas de Santa Cruz de la Mar Pequeña⁸.

¿Se entregó Manrique por aquellos años a la ensoñación de que, de alguna manera, emulaba a ciertos hombres extraordinarios de la historia que, cual visionarios de su tiempo, no se conformaron con el mundo establecido y quisieron ir más allá? Así parece a tenor de dos obras suyas dadas a la luz pública al término de la década de 1880: *El periplo de Hannon y Guanahaní*. En la primera, hace referencia al célebre navegante cartaginés del siglo V antes de Cristo, Hannon, quien se atrevió a emprender una expedición oceánica rumbo a lo desconocido más allá de las Columnas de Hércules..., precisamente por la costa occidental de África. En la segunda, estudia de forma minuciosa el derrotero seguido por su venerado almirante Cristóbal Colón en el primer viaje a América, deteniéndose especialmente en averiguar dónde desembarcó la primera vez⁹.

Afán de conocimiento, impulso de traspasar los límites establecidos, digamos mentalidad de descubridor, de rompedor de los moldes científicos con que una sociedad se conforma en un momento dado..., así puede describirse el retrato mental de Manrique. Todo lo cual se refleja también en un artículo de 1903 dedicado a Alberto I, rey de Mónaco, con quien no es difícil adivinar que nuestro hombre se sentía muy identificado. Describe con admiración al monarca monegasco como un hombre de “talento privilegiado” y “profundos estudios”, gran aficionado a la náutica, navegante por sus propios medios al frente de diversas campañas científicas:

“...Ha descubierto grandes bancos para la pesca; ha levantado planos hasta de las regiones árticas. A él se le debe el conocimiento de muchas especies marinas y hasta de géneros desconocidos. Ha luchado en sus excursiones con los huracanes y las grandes tempestades como en 1887, en 1892, 1898 y siguientes. Es un fecundo escritor, cuyas obras han sido traducidas en varias lenguas. En una palabra, Alberto es una celebridad científica...¹⁰”.

Tal atracción evidencia un anhelo de fondo en Manrique, aquello que le hubiera gustado alcanzar, pero que por circunstancias no le fue posible; esto es, ser un avezado explorador marino y un afamado científico.

8. REYES GONZÁLEZ, Nicolás *et alii*: Art. cit., pp. 126-133.

9. Según su hipótesis, el punto conocido por los nativos como Guanahaní correspondería en la actualidad con la isla de Watting (Bahamas). Sin embargo, su teoría, aunque no completamente original pero tampoco popular en la época, tuvo muy poca aceptación en la Sociedad Geográfica de Madrid; cf. REYES GONZÁLEZ, Nicolás *et alii*: Art. cit., pp. 134-139.

10. Antonio M. Manrique: “Mónaco y su soberano”, *La Solución*, núm. 38, 20 de marzo de 1903, pp. 2-3. Fechado en “Lanzarote, marzo de 1903”.

Su mentalidad de descubridor —ahora en su acepción de aquel que indaga y averigua— se manifiesta con más intensidad en su personal trayectoria intelectual. Veámoslo a partir de sus artículos de colaboración para la prensa de La Palma durante los ocho últimos años de su vida.

III.1. LA CALDERA DE TABURIENTE Y LA GÉNESIS DE LAS ISLAS

Antonio María Manrique nunca visitó La Palma. Todas sus colaboraciones para la prensa palmera las hizo desde la capital lanzaroteña, Arrecife. Sin embargo, uno de sus mayores puntos de interés en La Palma, la maravilla geológica de su gran Caldera, fue descrita con todo cuidado, como si realmente Manrique hubiera recorrido y estudiado *in situ* aquella inmensa depresión volcánica, cuando en realidad obedecía a una esmerada documentación bibliográfica¹¹.

El etimólogo que lleva dentro no puede evitar detenerse un instante en la denominación aborigen de La Caldera, *Eceró*, que a su juicio procede del vocablo árabe *Ez-zeroh*, o sea, “círculo”, “anillo”. Pero enseguida entra en el meollo de la cuestión, que no es otro que el origen de aquel monumento de la geología. Al respecto tiene formada una teoría opuesta a la cada vez más dominante entre los geólogos de comienzos del siglo XX. En absoluto acepta que La Caldera se creara por levantamiento en una erupción volcánica submarina, antes bien por hundimiento:

“...¿Por qué, pues, no se le ha de ocurrir a alguno admitir que ya formada la isla, viniese luego un hundimiento que formase el vasto cráter? ¿Acaso no hay geólogos que hacen salir todo el Archipiélago canario entero desde el fondo de los mares? ¿No es más seductora aquella hipótesis, y tal vez más racional, de admitir que ese archipiélago sea los restos de algún continente sumergido a pedazos? Pues parte de La Palma también pudo hundirse. ¿Por qué no?”¹²

Manrique insistió en su hipótesis un par de años más tarde, en otro artículo que salía al paso de una posible objeción a la misma. La curiosidad de un niño palmero de ocho años, llamado Periquillo, que aquél tenía a su servicio en Arrecife y a quien enseñaba a leer, escribir, contar e incluso le inculcaba su pasión por la geografía y los viajes, le impulsó a publicar un artículo explicativo del porqué de los callaos y conchas marinas en lo alto de La Caldera de

11. Antonio M. Manrique: “La Caldera de La Palma”, *La Solución*, núm. 244, 18 de noviembre de 1903, pp. 1-2; Antonio M. Manrique: “La Caldera de La Palma”, *Fénix Palmense*, núm. 221, 9 de enero de 1905, p. 1. Este último artículo se repite en: *Fénix Palmense*, núm. 301, 24 de abril de 1905, p. 2.

12. Antonio M. Manrique: “La Caldera de La Palma”, *La Solución*, núm. 145, 8 de agosto de 1903, pp. 2-3. Fechado en Lanzarote, julio 29 de 1903”. También abunda en su tesis en: Antonio M. Manrique: “La Caldera de La Palma y su fondo”, *La Solución*, núm. 252, 30 de noviembre de 1903, pp. 1-2.

Taburiente. Descartando por absurda toda relación con el diluvio universal, ignorando adrede la entonces ya conocida tesis de la tierra emergida del fondo oceánico, abrazaba otra vez su idea —un poco más enrevesada— del hundimiento traumático de aquella zona de la isla, lo que habría provocado erupciones submarinas capaces de expulsar extraños materiales marinos a la superficie a través de grietas o chimeneas formadas durante el cataclismo¹³.

Hoy la ciencia ha establecido que La Caldera de Taburiente tiene un origen erosivo. Así pues la hipótesis de Manrique estaba equivocada. Su tesis del hundimiento de La Caldera de La Palma era la que mejor encajaba con su más amplia teoría de la formación de las Islas Canarias, a cuyo tema dedicó una de sus obras: *El enigma de las Afortunadas* (1887).

Manrique se apartó de la vanguardia científica que se abría paso en sus años de madurez, la que explicaba atinadamente la génesis del Archipiélago como resultado del apilamiento de materiales desde el fondo atlántico hasta emerger en un proceso volcánico de millones de años. El autor majorero, en cambio, mantuvo su fe en la vieja leyenda romántica de la Atlántida, el continente hundido del cual serían vestigios actuales las Islas Canarias, Azores, Madeira y Cabo Verde. Aquí antepuso el romanticismo de aquella teoría decadente al inconformismo científico de que hacía gala en otras ocasiones, llegando incluso a argumentar, en su defensa, que el deshielo en Europa había producido una masa de agua tal que, colmando el mar Mediterráneo, desbordó por el Estrecho de Gibraltar y ocasionó el cataclismo al chocar contra la Atlántida¹⁴.

En el primer cuarto del siglo XIX, apoyándose en Platón, Donnelly había escrito sobre el mito, haciéndolo tremendamente popular a partir de entonces durante casi una centuria. Hoy, sin embargo, el relato platónico ha quedado como una creación literaria simbólica, en todo caso inspirada en un modelo histórico real que, por meros indicios, pudiera ser Tartessos, o bien Sicilia, o quizás Esqueria, o, con preferencia en la actualidad, la isla de Creta. Lo que sí hay pruebas geofísicas positivas que excluyen toda posibilidad de existencia de un continente hundido en medio del Atlántico¹⁵.

III.2. SOBRE LA PROCEDENCIA DE LOS ABORÍGENES CANARIOS

El misterio en torno a los aborígenes de las Islas Canarias constituyó otro sugestivo reto para el inquieto intelecto de Antonio María Manrique. Una de las

13. Olimpia de Montemar: "La gran Caldera de La Palma", *Fénix Palmense*, núm. 383, 9 de agosto de 1905, p. 1. Este artículo, firmado con uno de los seudónimos de Manrique, lo dedica a M. Gutiérrez Brito, "mi buen amigo".

14. REYES GONZÁLEZ, Nicolás *et alii*: Art. cit., p. 148.

15. Cf., DÍAZ TEJERA, A.: "El relato platónico de la Atlántida. Comentario a los diálogos Timeo y Critias"; *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 42, Madrid-Las Palmas, 1996, pp. 209-242.

facetas menos conocidas de su quehacer intelectual es, de hecho, su estudio pionero y voluntarioso de la lengua aborígen, que plasmó en uno de sus trabajos inéditos: *Sobre el lenguaje de los primitivos guanches*¹⁶. La razón última de esta dedicación filológica estriba, posiblemente, en su deseo de zanjar la cuestión sobre el origen de los antiguos canarios. El problema suscitaba no poca fascinación en los años de plenitud de Manrique, hasta el punto de salir a la luz las teorías más diversas sobre el particular. Así, por ejemplo, en 1876 la prensa canaria se hizo eco de cierto Franz Von Loeher, estudioso alemán que había presentado a la Academia de Ciencias de Munich un informe sobre el origen de los primitivos pobladores de Canarias, basado en el análisis de algunas momias guanches. Sostenía el tal Loeher que los guanches provenían de los vándalos, pues los restos de cabello rubio “y otras peculiaridades” de aquellas momias señalaban a la raza germánica, y los suponía instalados en las islas hacia el siglo VIII d.C., añadiendo que por influencia del clima habían degenerado hasta el abandono y olvido de sus conocimientos náuticos y de la industria del hierro, si bien quedarían algunos rasgos de sus costumbres. El periodista transcriptor de esta noticia concluía llamando la atención “de los hombres competentes y estudiosos aficionados a dilucidar y profundizar las cuestiones de la ciencia antropológica y etnográfica”¹⁷.

Hombres como Manrique. Su teoría al respecto naturalmente estaba en consonancia con la expuesta en el epígrafe anterior sobre la génesis del Archipiélago. El estudioso mayorero, por tanto, se obstinó en negar la procedencia magrebí de la raza guanche, “por más que se hayan empeñado en ello muchos escritores”; y si bien reconocía un tipo racial similar entre los aborígenes canarios y “los bereberes y sus vecinos”, creía que era debido a una colonización en sentido inverso: “...la raza guanche era oriunda del suelo que habitaba; pero pudo dar al África un contingente de población, como esos bereberes y otros”. Opinaba que la tierra canaria era tan antigua como el continente africano, que un cataclismo habría separado aquélla de éste, que en tiempos muy remotos las islas habían estado unidas entre sí y que ya se hallaban pobladas “mucho antes de los tiempos de Homero”. Bastaba —seguía diciendo— con analizar la lengua, la religión y las costumbres de los guanches para darse cuenta de que:

1) Todos los aborígenes canarios hablaban un mismo idioma, equivocándose quienes afirmaban que en cada isla había un dialecto propio. Ese idioma común

16. Véanse, MUÑOZ JIMÉNEZ, Rafael: “Antonio María Manrique (1837-1907), viajero por África y estudioso del guanche”, en Víctor Morales Lezcano (coord.): *II Aula Canarias y el Noroeste de África* (1986). Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1988, pp. 277-284; y SÁENZ MELERO, Antonia: Art. cit., p. 43.

17. *La Lealtad Canaria* (Tenerife) tomó esta noticia del *Standard* de Londres. A su vez el texto del periódico tinerfeño fue reproducido en el semanario *La Palma*, núm. 61, 1 de abril de 1876, p. 1.

era “el árabe más puro, en el que entraban vocablos del griego, del bereber, del persa, del copto, del hebreo y hasta del sánscrito”. Y citaba los ejemplos de la voz sánscrita *gunas*, “perro”, y del vocablo *tamasaque* (una especie de lanza aborigen), proveniente de la voz griega *tzamatzouka*, es decir “maza”.

2) Los guanches no seguían ninguna de las religiones conocidas entonces. Las divinidades que adoraban eran “aquellas semi-nebulosas anteriores a los primeros tiempos mitológicos”.

3) Las instituciones de aquel “pueblo misterioso” en nada se parecían a ningún otro pueblo de “aquellos oscuros tiempos”. Los guanches eran “unos bárbaros civilizados”; y para apoyar esta idea citaba al viajero florentino del siglo XIV, Angiolino del Tegghia¹⁸.

El “hallazgo” por Manuel de Ossuna, en 1886, entre los roques de Antequera y de Anaga en la costa oriental de Tenerife, de una piedra pequeña —8 x 3’5 cms— de carbonato de cal, pulimentada, conteniendo misteriosas inscripciones, le sirvió a Manrique, amigo de aquél, para fundamentar su teoría atlantista. De su análisis creyó reconocer un alfabeto “antiquísimo” de unos 18 signos, entre los cuales identificó múltiples caracteres alfabéticos: turdetano (el signo *men*), fenicio, hebreo, persa, tracio, samaritano, copto, ibérico, libifénico y celta, nada menos. Venía a sugerir que aquel antiguo alfabeto podía ser el tronco común de todos los demás mencionados. Opinaba que las inscripciones de aquella “piedra de Anaga”, que se correspondían según él con otras inscripciones lapidarias encontradas en las islas, no eran obra de los guanches de Tenerife, sino de sus más remotos antepasados de aquella misma zona de la isla, en un tiempo anterior al cataclismo de “la gran región de la cual son las Canarias seguros vestigios”:

“...Esto no parecerá bien a las personas que hacen surgir estas islas del Océano, y traen su población desde puntos remotos; no parecerá bien a los que atribuyen a los guanches un origen tan reciente que no se remonta más allá de la era cristiana, pero como yo me hallo penetrado, por varias razones de gran peso, de que el origen de los guanches se ha de remontar a los tiempos de Asiria, si no antes, creo, y lo repito, que el alfabeto trazado en esa piedra corresponde al que se supone existiese más de treinta siglos antes de Jesucristo...”¹⁹.

Pero no se crea que por tener ya formada una opinión sobre esta cuestión, Manrique había perdido el interés por continuar las investigaciones. Todavía a sus casi setenta años pedía a algún “curioso hijo de La Palma” que le proporcionase una buena fotografía de los grabados rupestres de Belmaco (Mazo), lo cual

18. Antonio M. Manrique: “La raza guanche”, *Fénix Palmense*, núm. 38, 28 de mayo de 1904, pp. 1.2. Fecha de “Lanzarote, 1904”.

19. Antonio M. Manrique: “La piedra de Anaga”, *Fénix Palmense*, núm. 283, 29 de marzo de 1905, p. 2. Hoy se tiene a la tal piedra por una falsificación.

“...sería para mí de gran satisfacción, ya que no me es posible hacer un reconocimiento en persona”. Conocía las inscripciones, sin embargo, a través de la descripción que de ellas había hecho Von Fristch. Creía que aún no estaban estudiadas lo suficiente, que los dos trozos de roca con grabados habrían formado una unidad primitiva y que la especie de arabescos y espirales podrían representar una alegoría o emblema de la divinidad²⁰.

A la luz de los actuales conocimientos de la arqueología canaria prehispanica, sólo cabe decir que Manrique se equivocaba en lo fundamental, pues los aborígenes canarios proceden del noroeste de África, de la región del Magreb-Sahara, una parte de cuyos pobladores, por razones de diversa índole, habrían arribado a las islas en distintas oleadas, las primeras de las cuales no parecen remontarse más allá del primer milenio anterior a la era cristiana²¹.

III.3. PROPUESTAS ECONÓMICAS PARA LAS ISLAS ORIENTALES

La caída de los precios de la cochinilla en los mercados europeos, a partir de la década de 1870, significó el final de un ciclo económico expansivo en Canarias, que no volvería hasta la consolidación de dos nuevos cultivos de exportación en el siglo XX, el plátano y, en menor medida, el tomate. Entre una y otra cresta se extendió durante varias décadas un valle de decadencia económica, que las clases dominantes isleñas procuraron atravesar cuanto antes, tendiendo múltiples puentes en forma de proyectos de cultivos nuevos e industrias alternativas, la mayoría de los cuales apenas serían otra cosa que proyectos.

De las diversas cabezas pensantes que, en el seno de las burguesías insulares, discurrieron con ahínco sobre nuevas perspectivas de desarrollo económico para el Archipiélago, las cuales encontraron eco en la prensa de la época, la de Antonio María Manrique fue una de las más destacadas y tenaces.

Mediada la década de 1870, la prensa canaria comenzó a publicar artículos entusiastas acerca del halagüeño porvenir que esperaba a las islas en África. No pocos de esos artículos fueron obra de Manrique o estuvieron inspirados en sus propuestas. Vimos páginas atrás el empeño de nuestro hombre por localizar y recuperar el enclave de Mar Pequeña, como base para el desarrollo de las pesquerías canario-africanas. Antes, constituida una asociación con este último fin, en 1881 había obtenido del gobierno español una concesión por 90 años para formar su base de operaciones en la isla de La Graciosa. Manrique vio de inmediato muchas posibilidades en el enclave elegido, propicio para ubicar un puerto de

20. Antonio M. Manrique: “La inscripción lapidaria de Belmaco”, *Fénix Palmense*, núm. 455, 8 de noviembre de 1905, pp. 1-2. Fechado en “Lanzarote, 23 de octubre de 1905”.

21. Véase, ARCO AGUILAR, María del Carmen del y NAVARRO MEDEROS, Juan Francisco: *Los aborígenes*. Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1988, pp. 95-109.

refugio, un cómodo carenero y un lazareto sucio. También defendió la construcción de muelles en otros parajes de la pequeña isla²². Aunque este asunto no aparece en sus colaboraciones posteriores para la prensa palmera, no significa que hubiera abandonado aquel sueño, quizás el mayor de su vida, toda vez que a comienzos del siglo XX seguía escribiendo sobre las pesquerías canarias en África para la prensa tinerfeña, grancanaria, lanzaroteña y madrileña, por lo menos²³.

Pero en los albores del Novecientos otro problema económico y social ocupó también el quehacer periodístico de Manrique: la grave crisis de subsistencia padecida en las islas orientales, una vez más a raíz de la falta de lluvias. Manrique se tomó muy a pecho el procurar soluciones para la crisis, y, desde la prensa o tomando la iniciativa ante el Gobierno del país, discursó proyectos diversos en aras tanto de resolver el eterno problema del agua en Lanzarote y Fuerteventura²⁴, cuanto a promover en aquellas islas nuevas fuentes de riqueza, además de la pesca, que garantizaran su prosperidad futura.

Le preocupaba la percepción de que cada vez era mayor la escasez de lluvia en las islas orientales, “un fenómeno alarmante a más de ser extraño” —decía en 1904—, “yo recuerdo que hará 40 años llovía que era un gusto en ambas islas. Rara vez se conocía un año estéril. Hoy Fuerteventura lleva tres...”. Aunque algo distorsionada su memoria histórica al creer aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor, encajaba bien con otra idea aún más asentada en su mente, que explicaba lo anterior no tanto por la escasa orografía de Lanzarote y Fuerteventura, cuanto por el influjo creciente del vecino desierto del Sahara²⁵. Esta creencia suya no era nueva, pues ya unos treinta años atrás había saludado con entusiasmo la noticia de un supuesto gran proyecto británico para anegar de océano Atlántico el desierto sahariano, lo que en su opinión supondría grandes ventajas climáticas y económicas para las Canarias²⁶.

De cuantas fórmulas para combatir la sequía y aridez elucubró la mente inquisitiva de Manrique (embalses, protección forestal...), una atrae especial-

22. Antonio María Manrique: “Una concesión del gobierno para establecer las pesquerías canario-africanas”, *El Iris*, núm. 23, Santa Cruz de La Palma, 18 de junio de 1881, pp. 1-2. Tomado de El Museo Canario.

23. REYES GONZÁLEZ, Nicolás *et alii*: Art. cit, pp. 129-133. Asimismo, en 1902 escribió para la revista madrileña *La Vida Marítima* sobre un proyecto de establecimiento de pesca en Puerto Naos (Lanzarote), acompañando un plano; cf. “Información / Noticias varias” (Sin firma): *La Defensa*, núm. 457, Santa Cruz de La Palma, 11 de julio de 1902, p. 2.

24. Véase, CABRERA DÉNIZ, Gregorio José y HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Carmen Julia: “Las Canarias o veinticinco años de historia apasionada de Lanzarote y Fuerteventura (1901-1925)”, en *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote* (1987). Puerto del Rosario, 1989, pp. 165-197.

25. Antonio M. Manrique: “Escasez de lluvias”, *La Solución*, núm. 182, 21 de enero de 1904, pp. 1-2.

26. REYES GONZÁLEZ, Nicolás *et alii*: Art. cit., pp. 121-122.

mente la atención en nuestros días, por cuanto avanzaba no sólo las plantas desaladoras en el Archipiélago, sino también el uso de la energía geotérmica. Manrique pensó que podría aprovecharse la energía calórica permanente de una de las Montañas del Fuego, en Lanzarote, para obtener, mediante su transformación en trabajo mecánico y a través de “pilas secas” o de cualquier otra manera, un mecanismo eléctrico capaz de “endulzar” el agua del mar, haciéndola apta para la agricultura. Así, “...Lanzarote, bien regadas sus costas con el agua del mar, despojada de extrañas substancias, sería un vergel...”²⁷.

Para la isla de Fuerteventura, sin embargo, sopesaba otro tipo de solución más asequible a la ingeniería de su tiempo, basada en el ahorro, cual era la construcción de centenares de vastos depósitos donde estancar el agua de la lluvia, que podría luego utilizarse para riego en los años secos, pues en la propia isla abundaban la piedra y la cal, y sólo hacía falta una asociación que aportara voluntad y capitales. De esta manera, una isla pobre, de agricultura languideciente, llegaría a ser próspera: “...ese día será Fuerteventura la reina de la agricultura canaria...”²⁸.

Además de agua y de predisposición al trabajo²⁹, según Manrique las islas orientales necesitaban el impulso de nuevos sectores de desarrollo económico. De un lado, el turismo, concretamente —de nuevo Manrique clarividente— la promoción del mismo en Lanzarote, isla apenas visitada, menos aún que La Palma, a pesar de “...nuestro imponente volcán de las Montañas del Fuego, la famosa Cueva de los Verdes y las empinadas alturas de Famara cortadas a pique sobre el mar. Nadie en Lanzarote se mueve en el sentido de tratar de atraer a esta isla viajeros y de hacer grata su permanencia en ella, como si desconociésemos que de frecuentar esos extranjeros este desdichado suelo pudiera venirles no poca utilidad [...] Nuestra mejor política debiera consistir en el engrandecimiento de Lanzarote, como en La Palma se piensa en engrandecer aquella isla”³⁰.

De otro lado, el tabaco, cuyo cultivo debieran ensayar los labradores lanzaroteños, pues, de fructificar, su rentabilidad parecía segura, como auguraba la buena marcha en aquella isla de la fábrica de tabacos, cigarrillos y picadura de

27. Carlos Reitter: “Un volcán como motor”, *La Solución*, núm. 178, 16 de enero de 1904, pp. 1-2. Carlos Reitter fue uno de los seudónimos que utilizó Manrique.

28. Antonio M. Manrique: “El porvenir de Fuerteventura”, *Fénix Palmense*, núm. 456, 9 de noviembre de 1905, p.1.

29. “El trabajo” (Sin firma): *La Solución*, núm. 29, 9 de marzo de 1903, p. 1. Si bien el artículo no aparece firmado, por su estilo me parece que corresponde a Manrique.

30. Antonio M. Manrique: “La Palma y Lanzarote”, *La Solución*, núm. 240, 13 de noviembre de 1903, p. 2. Fechado en “octubre 31, 1903”. De su lucidez en este renglón de futuro es ejemplo que, ya en 1901, viera la importancia del estudio de idiomas en los planes de enseñanza de su tiempo, para formar intérpretes, guías, personal de hoteles y puertos, dependientes de comercio..., muy necesarios en el incipiente turismo insular; cf., SÁENZ MELERO, A.: Art. cit., p. 42.

Juan Cabrera e Hijos³¹. Sin duda que Manrique pensaba en los buenos resultados que el tabaco daba en La Palma. De hecho, en 1906, elogiaba admirado el alto nivel de la producción tabaquera palmera, que calibraba por la excelente calidad de los puros de aquella isla que se había fumado en los últimos días, especialmente los producidos en la fábrica *La Actividad* de don Eulogio de San Gil Cabrera³².

Pocos artículos económicos, sin embargo, consagró Manrique a los intereses de La Palma. A los ya citados sobre el turismo y el tabaco, se une su cooperación en la campaña por la habilitación del puerto de Tzacorte para el despacho de buques de alto bordo, emprendida por los palmeros ante el Gobierno central. Manrique apoyaba los argumentos de aquéllos, es decir, las dificultades del transporte terrestre, por la Cumbre, con el puerto principal de Santa Cruz de La Palma y la creciente importancia agrícola del Valle de Aridane, comarca que entonces producía más de 300 fanegas de plátanos, más de 100 de tomates y notable cultivo de almendras; y que contaba con varias casas fruteras de exportación y ocho fábricas de azúcar³³.

III.4. CONTROVERSIA ETIMOLÓGICA

A Manrique le encantaba etimologizar, esto es, la disección de ciertas palabras para descubrir sus secretos —origen y significado—, en particular de algunos nombres propios de la geografía canaria en el presente y en los tiempos pre-hispánicos. De su solvencia en la materia es buena muestra, por ejemplo, que un grupo de suscriptores de *La Opinión* de Santa Cruz de Tenerife le eligiera para arbitrar en una cuestión en la que andaban enzarzados y sin ponerse de acuerdo: cuál era el verdadero nombre indígena de Lanzarote. Manrique, a través del mismo periódico, hizo una demostración erudita para, finalmente, dar la razón a quienes defendían el vocablo *Titeroygatra*, o también, *Tyterogaet*, o sea “país de las almas afortunadas”³⁴.

Lógicamente, pues, las cuestiones etimológicas que más le interesaban de la isla de La Palma salieron a relucir en sus colaboraciones para la prensa palmera. En 1902 se ocupó del nombre aborigen de aquella isla y, una vez más inconformista con las verdades establecidas, defendió una opinión alternativa. A pesar de Abreu Galindo, de su admirado Viera y Clavijo y de Sabino Berthelot, cuya obra elogiaba como la mejor etnografía que se había escrito sobre los guanches, creía

31. Antonio M. Manrique: “Una industria en Lanzarote”, *Fénix Palmense*, núm. 26, 14 de mayo de 1904, p. 1.

32. Antonio M. Manrique: “El tabaco de La Palma”, *Fénix Palmense*, núm. 531, 14 de febrero de 1906, p.2. Lleva fecha de “Arrecife, 7 de febrero de 1906”.

33. Antonio M. Manrique: “Tzacorte”, *Fénix Palmense*, núm. 306, 1 de mayo de 1905, p. 1.

34. Antonio M. Manrique: “El nombre indígena de Lanzarote”, *Fénix Palmense*, núm. 263, 28 de febrero de 1905, p. 1. Tomado de *La Opinión*, número 3.736.

que la voz *Benahoare* expresaba incorrectamente el concepto de “mi patria”, y, siguiendo a Marín de Cubas, consideraba más apropiado el vocablo *Benajuare*, compuesto de las voces *Ben* o *Beni*, traducido “sitio o lugar”, y *axuar*, que en lengua semita viene a significar los objetos de uso común en la casa y por extensión todas las posesiones³⁵.

Mucho más estimulante resultó a Manrique su particular hipótesis sobre la etimología del nombre *La Palma*, pues le valió largo debate erudito con un digno contrincante, el cronista palmero Juan Bautista Lorenzo Rodríguez, entonces alcalde de Santa Cruz de La Palma. Ambos sostuvieron un duelo de erudición en las páginas del diario *Fénix Palmense*, de cuya redacción formaba parte Lorenzo Rodríguez.

Avalada por los Abreu Galindo, Viera y otros, dominaba en el *establishment* científico de la época la teoría de que una expedición mallorquina había arribado a la isla a mediados del siglo XIV, e impuéstole el nombre de la ciudad capital de la isla balear. Como no podía ser menos, Manrique defendía una tesis distinta. Teniendo por fábula la expedición antedicha, el erudito majorero creía que la etimología de La Palma estaba vinculada al viajero florentino bajomedieval Angiolino del Tegghia, quien en torno al año 1341 habría navegado por el Archipiélago y descrito en su diario una de sus islas como muy boscosa, de abundantes manantiales y palomas salvajes. Esa isla, según Manrique, no podía ser otra que La Palma:

“...De aquí infiero yo que la palabra *palumba* se convirtiese en *palma*, y *palumba* es ‘paloma torcaz’, que fueron las que aquellos expedicionarios encontraron en la isla de La Palma, por lo cual debió ser llamada ‘la isla de las Palomas’ ¿Y qué otro nombre le podían aplicar?”³⁶.

35. Antonio M. Manrique: “Banajuare”, *La Defensa*, núm. 386, 14 de abril de 1902, pp. 1-2. Este mismo diario da breve noticia de un artículo de Manrique publicado meses más tarde, en el número 16 de la revista ilustrada *La Vida Marítima* de Madrid, en el cual razona el porqué de la denominación “Río de Oro” para el enclave africano del mismo nombre; cf. “Información / Noticias varias” (Sin firma): *La Defensa*, núm. 451, 4 de julio de 1902, p. 2.

36. Antonio M. Manrique: “Etimología del nombre de La Palma”, *Fénix Palmense*, núm. 101, 13 de agosto de 1904, p. 1. A la luz de los conocimientos actuales, todavía se considera “insegura” la visita de la expedición de Del Tegghia y Recco a las islas del Hierro y La Palma; cf. CABRERA PÉREZ, José Carlos: “El redescubrimiento”, en *Historia de Canarias*; vol. I, ed. Prensa Ibérica, 1991, p. 102. Manrique, sin embargo, se contradujo inconscientemente cuando, en apoyo de su teoría, indicó que fue la expedición de Del Tegghia la que bautizó a la isla como *La Palma* ... por su rica floresta; denominación que ya circulaba en la literatura sureuropea de los siglos XIV y XV, citando el propio autor el *Atlas Catalán* (1375) y las obras de Pizigiano (1367), Andrés Bianco (1436), Beninchasa (1460) y Guillaumele Testu. No pasaría esto inadvertido a Lorenzo Rodríguez, quien replicaría a su oponente que, en efecto, La Palma había sido llamada como tal desde los primeros momentos de su bautizo, razón por la cual su nombre nunca fue el resultado de la modificación de *palumba*, vocablo no mencionado en ningún documento.

Lorenzo Rodríguez, por su parte, acusaba al “Sr. Manrique” de manipular el debate al no citar íntegros los argumentos de su adversario, y de “trastornar” las antiguas crónicas a su conveniencia para que encajasen con su romántica teoría, pues “...enamorado de su *palumba*, no quiere ver ni oír nada, absolutamente nada, que le obligue a separarse de ella...”. Era del todo absurdo —decía— oponerse a la realidad de la expedición de los mallorquines al Archipiélago canario, cuando los cronistas y estudiosos daban fe de ella y aseguraban, al menos, su contacto con Lanzarote, Gran Canaria y La Gomera; y si llegaron a ésta, “...¿no es lógico suponer que también abordaron a La Palma, dada la corta distancia que la separa...?”. Citaba además como fundamento de su afirmación, la existencia de una leyenda catalana sobre un viaje oceánico de Jaume Ferrer en 1346, según la cual habría conocido una isla montañosa, boscosa y muy fragante, en similares términos a como Abreu Galindo describió más tarde a la isla palmera. El intento de Manrique por rebatir este punto, o sea, el contacto mallorquín con La Palma, mediante el argumento de que, al desconocerse la brújula en el siglo XIV, no era posible a los navegantes alejarse en demasía de la costa continental y, por consiguiente, aventurarse más al oeste de Tenerife, le parecía a Lorenzo un disparate: “...no quiero discutir con el Sr. Manrique sobre náutica *imaginaria*, porque soy poco fuerte en esas regiones superiores...”³⁷.

La controversia de Lorenzo versus Manrique ofrece más consideraciones. La discusión se extendió a otras cuestiones etimológicas del ámbito canario, como la posible presencia de los fenicios en el Archipiélago, en función de la voz *cerne* o *chernaa* con que aquéllos habrían llamado a las islas, tesis defendida por don Juan Bautista y negada por don Antonio María³⁸; o como la supuesta advocación a Santa María de La Palma en sendas capillas gomera y palmera antes del primer cuarto del siglo XV, postura sostenida por don Antonio María, apoyándose en una bula papal de Martín V, y combatida por don Juan Bautista sobre la base de otra traducción del latín de la misma bula³⁹.

III.5. HISTORIA Y PATRIOTISMO CANARIO

Salvo un artículo dedicado a poner a caldo a la Inquisición y sus horrendos autos de fe en las islas⁴⁰, algo en lo que no había discrepancia probable, cuando Manrique escribía artículos sobre historia canaria lo hacía, a menudo, porque deseaba abrir un debate con otros colegas estudiosos. Quizás esperaba, por tanto,

37. Juan B. Lorenzo: “Etimología del nombre de La Palma / II”, *Fénix Palmense*, núm. 245, 7 de febrero de 1905, pp. 1-2. La palabra en cursiva en el original.

38. Juan B. Lorenzo: “Etimología del nombre de La Palma”, *Fénix Palmense*, núm. 175, 12 de noviembre de 1904, pp. 1-2.

39. Juan B. Lorenzo: “Etimología del nombre de La Palma / III”, *Fénix Palmense*, núm. 246, 8 de febrero de 1905, p. 1.

40. Carlos Reitter: “Tiempos pasados / Una función en Las Palmas”, *Fénix Palmense*, núm. 17, 2 de mayo de 1904, p. 1.

una entretenida polémica sobre la cuestión de si los asnos salvajes que había en Tenerife a comienzos del XVI eran hispánicos (lo que él defendía, acertadamente) o prehispánicos⁴¹, mas no parece que despertara interés alguno. En cambio, otro artículo suyo sobre las erupciones volcánicas de 1646 y 1677, que habrían cegado la célebre Fuente Santa de Fuencaliente en La Palma, obtuvo réplica inmediata de su colega palmero en erudición, Juan Bautista Lorenzo, quien, frente a la base bibliográfica de aquél, contrapuso irrefutables documentos de primera mano, de los muchos que por afición extractó, copió y reunió para la posteridad, según los cuales sólo el volcán de 1677 había afectado a la Fuente Santa⁴².

Sin embargo, lo que más llama la atención en el Manrique historiador, aparte de su devoción por la obra magna de Viera y Clavijo, no es tanto su faceta de polemista, cuanto su inconformismo respecto de cierta historiografía oficial y españolista de la Conquista de Canarias; y en general, su predilección por temas de inequívoco sabor patriótico regionalista. De ahí su peculiar enfoque de la Conquista, desplazando el protagonismo de los europeos a los propios isleños, ora ensalzando su resistencia al invasor, ora reivindicando su papel decisivo en el éxito de la empresa de conquista. De ahí también su interés por historiar y/o novelar posteriores tentativas de invasión sobre las Islas Canarias, particularmente de los ingleses y con idéntico resultado de victoriosa resistencia isleña, como evidencian sus obras *Nelson* (1904) y *Blake o la guerrilla de Caramuel* (1906). Más adelante veremos cómo Manrique también aprovechó su novela corta sobre la expedición a San Borondón de 1721 para criticar abiertamente la política centralista de Felipe V, lesiva a los deseos de autonomía de los canarios.

En 1904 Manrique recibió desde La Palma la fotografía de una lápida conmemorativa, "A Tanausú", que los palmeros habían colocado en la cumbre del Roque de los Muchachos, el punto más alto de la isla. La foto evocó de nuevo en él la figura del gran jefe auarita, quien, con Mayantigo, había sido héroe "...dignos del más respetuoso recuerdo, muy especialmente Tanausú que tuvo valor para morir después de hacer todo lo posible para salvar [la isla]..." Daba la más cordial enhorabuena a Antonino Pestana Rodríguez por idea tan feliz y pedía a la gente de La Palma, fervoroso, que aquel lugar se llamara "...de hoy en adelante *El Roque de Tanausú*"⁴³. No ha de extrañar la emoción de Manrique, toda

41. Antonio M. Manrique: "Asnos salvajes en Tenerife", *Fénix Palmense*, núm. 272, 15 de marzo de 1905, pp. 1-2.

42. Sucesivamente, Antonio M. Manrique: "La Fuensanta", *La Defensa*, núm. 477, 9 de agosto de 1902, p. 2; fechado en Lanzarote, julio de 1902"; Juan B. Lorenzo: "La Fuensanta", *La Defensa*, núm. 481, 14 de agosto de 1902, pp. 1-2. Fechado en "Breña Alta, 12 de agosto de 1902". A Manrique le sugirió el tema de su artículo el intenso vulcanismo que ese año de 1902 se registraba en el mundo. A ambos autores les inquietaba de alguna manera. Manrique se preguntaba: "¿Se librará la región canaria de tantos desastres?". Y Lorenzo: "...La Palma que tan castigada ha sido de volcanes, ¿estará ya exenta de estos cataclismos?"

43. Antonio M. Manrique: "Justo tributo", *La Solución*, núm. 236, 4 de abril de 1904, p. 1. Cursiva en el original.

vez que unos años antes, en 1900, había escrito un artículo para *La Defensa* de Santa Cruz de La Palma..., proponiendo que los palmeros levantasen un monumento a aquel heroico caudillo aborigen⁴⁴.

Mas no sólo dio relevancia a los aborígenes que se enfrentaron a los conquistadores, sino también a los indígenas cristianizados, cuyo papel, en opinión de Manrique, había resultado decisivo en la eficacia conquistadora al tender puentes de comunicación entre las huestes hispanas e isleñas. Así, dedicó una de sus obras a la figura de *Fernando de Guanarteme* (1901), antes Tenesor Semidán, guanarteme de Gáldar, prisionero de los españoles, vasallo convencido en la Corte de los Reyes Católicos en Toledo, devuelto a Gran Canaria y vital para su sometimiento⁴⁵. Asimismo, consagró un artículo encomiástico en recuerdo de Antón Guanche, capturado en su juventud en una de las correrías de Hernán Peraza por la isla de Tenerife, a donde volvería siete años después, bien instruido en la religión católica y en el idioma castellano, lo que, según el escritor majorero, resultaría de gran importancia para la conquista de la isla, máxime al coincidir su vuelta con la aparición allí de la Virgen de Candelaria:

“...con sus letreros tan misteriosos hoy para la generalidad por lo indescifrables, pero que a mi modo de ver son voces de una lengua semítica, como la que los guanches hablaban, y que no podía ser desconocida al joven Antón; pues esa imagen llevaba en el collar una inscripción, en que pudiera verse la siguiente traducción: ‘María muy admirable o maravillosa’. Por consiguiente no parece sino que Antón fue el hombre escogido por la Providencia para preparar y dar principio a la rendición de la isla de Tenerife; y bajo este punto de vista, no hay que dudar que Antón es la gran figura de la conquista de esa isla...”⁴⁶.

III.6. HOMBRE-CULTURA

Antonio María Manrique fue nombrado, en septiembre de 1902, socio de mérito del nuevo Casino de Arrecife de Lanzarote, por su “...reconocido celo e ilustrada propaganda en favor de la cultura intelectual del Archipiélago Canario, a la que ha dedicado sus constantes desvelos...”⁴⁷. Manrique puede ser definido, en efecto, como un verdadero hombre-cultura de su tiempo, capaz de tocar todos los palos de la baraja del conocimiento, del mismo modo que un hombre-orquesta reúne en sí los instrumentos básicos para sonar como una agrupación musical.

44. REYES GONZÁLEZ, Nicolás *et alii*: Art. cit., p. 151.

45. VIERA Y CLAVIJO, José: *Historia de Canarias*. Ed. de Antonio Bethencourt Massieu, 1991, tomo I, pp. 193-195.

46. Antonio M. Manrique: “Antón Guanche”, *Fénix Palmense*, núm. 235, 25 de enero de 1905, pp. 1-2.

47. “Información / Noticias varias” (Sin firma): *La Defensa*, núm. 507, 20 de septiembre de 1902, p. 3.

En las páginas precedentes ha quedado meridianamente clara la erudición de nuestro hombre. Ahora se complementará su perfil intelectual con otra serie de variopintos artículos de divulgación escritos para la prensa palmera.

Hay una mención a la Bajada de la Virgen de las Nieves de 1900, en la que se dan a conocer algunos aspectos de la fiesta mediante una conversación sostenida entre Manrique y su criada palmera, María Antonia, en Arrecife⁴⁸. Hay también un amable sermoncito de maestro de escuela sobre las bondades de las plantas, análogas a los animales en cuanto son seres vivos sensibles al dolor y al placer, que se reproducen, duermen, enferman, envejecen y mueren, y por tanto necesitadas del más especial cariño y protección por parte de los humanos⁴⁹...; lo que tal vez indica cierta afición suya por la botánica, pues en otra ocasión canta las excelencias de la borraja como planta medicinal⁵⁰. Hay además pequeños ejercicios eruditos sobre asuntos diversos como los molinos de viento, la estadística poblacional canaria de la época, la historia de los juegos florales o las características del incienso⁵¹. Hay incluso una defensa de la utilidad de la buena prensa para la prosperidad de los pueblos —“sin el periódico, una población ni huele ni hiede”—, artículo sugerido por una conferencia de José Gutiérrez Sobral, en Arrecife, acerca del poder superior de la pluma sobre la espada⁵².

Luego está el Manrique partícipe, aun desde la lejanía de Arrecife, en algunos eventos culturales celebrados en Santa Cruz de La Palma en mayo de 1905. Hablaré de su concurso en los juegos florales palmeros en el siguiente capítulo. Al mismo tiempo participó también en el homenaje a Cervantes, promovido desde el diario *Fénix Palmense*, con motivo de conmemorarse el tercer centenario de la publicación de *El Quijote*. El diario sacó un número extraordinario de ocho páginas dedicado a aquel aniversario, con colaboraciones del gobernador civil de la provincia, del obispo de Canarias, del alcalde de la capital palmera, del director del citado periódico, de la poeta Leocricia Pestana, del médico Elías Santos Abreu, del escri-

48. A.M.M.: “Festejos cívicos”, *La Defensa*, núm. 34, 20 de marzo de 1900, pp. 1-2. Fechada en “Arrecife, marzo 10, 1900”.

49. Antonio M. Manrique: “Tengamos cariño a las plantas”, *La Defensa*, núm. 383, 17 de marzo de 1902, pp. 2-3. Fecha de “Arrecife, marzo 1901” [sic].

50. Antonio M. Manrique: “Una planta útil”, *Fénix Palmense*, núm. 28, 17 de mayo de 1904, p. 1.

51. A. M. Manrique: “Los molinos de viento”, *La Solución*, núm. 39, 21 de marzo de 1903, pp. 1-2; Antonio M. Manrique: “La población de Canarias”, *Fénix Palmense*, núm. 197, 10 de diciembre de 1904, p. 1; Antonio M. Manrique: “Los juegos florales”, *Fénix Palmense*, núm. 348, 26 de junio de 1905, p. 1; Carlos Reitter: “El incienso”, *Fénix Palmense*, núm. 386, 12 de agosto de 1905, p. 1.

52. Antonio M. Manrique: “El periódico”, *Fénix Palmense*, núm. 349, 27 de junio de 1905, pp. 1-2. Lleva fecha de “Arrecife, junio de 1905”.

tor Francisco González Díaz..., y por supuesto de Antonio María Manrique, quien aportó una exposición erudita sobre la vida y la obra de Cervantes⁵³. Al mes siguiente volvería sobre el mismo tema, felicitando a la maestra de Garafía, María A. Lorenzo Díaz, por haber organizado en la escuela de niñas de aquel pueblo palmero un certamen pedagógico sobre el tricentenario de *El Quijote*: "...hasta en el apartado pueblo de Garafía las damas que saben sentir y pensar, que saben apreciar lo bello y lo sublime tal vez mejor que los hombres...", dirá refiriéndose a aquélla⁵⁴.

IV. MANRIQUE Y LA ISLA DE SAN BORONDÓN

A un hombre como Manrique, predisuesto a los desafíos intelectuales y subyugado por los enigmas históricos y geográficos primigenios del Archipiélago Canario, no podía pasar desapercibido el misterio de San Borondón, la mítica isla evanescente del Atlántico. Sabía de su leyenda clásica; del asombroso parecido de su perspectiva con la isla de La Palma, según el ilustrado Viera y Clavijo; de la teoría de la reflexión en una nube especular, enunciada ya por el pensador Feijoo y sobradamente conocida en los ambientes cultos de Canarias decimonónica⁵⁵.

Manrique estuvo plenamente de acuerdo con estos autores cuando, residiendo en Tenerife, tendió la mirada desde las faldas del Teide al Oeste, fijándola detenidamente en la silueta de La Palma, e identificando ésta en el dibujo conocido de San Borondón. Quedaba explicar el fenómeno del espejismo. Por si pudiera ayudar a los especialistas en la materia, apuntó algunos datos de sus observaciones oculares y los plasmó en un artículo para el diario *La Solución*:

"... ¿cómo y en qué forma se manifiesta el fenómeno? Algo difícil es poderlo demostrar o explicar. Sencillamente me lo explico, recordando el aspecto que desde Tenerife ofrece La Palma, suponiendo que en las alturas del Teide se forme a veces una nube especular, en lo que tal vez puedan influir las emanaciones del alto cráter; que se refleje en esa nube la isla de La Palma, y luego, desde la misma nube, se reproduzca su imagen a 40 leguas al Occidente del Teide. Da la casualidad de que tirando desde el Teide una recta a las cumbres de La Gomera y El Hierro, en los puntos desde donde se ha visto claramente S. Borondón, esa línea forma un ángulo de 450 con otra

53. Antonio María Manrique y Saavedra: "El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha", *Fénix Palmense*, núm. extraordinario Homenaje a Cervantes, 8 de mayo de 1905, pp. 6-7.

54. Olimpia de-Montemar: "El centenario de la publicación del Quijote", *Fénix Palmense*, núm. 341, 16 junio de 1905, pp. 1-2. Fechado en "Arrecife, junio 7 de 1905".

55. Puede verse mi artículo "Una isla y su sombra. San Borondón en la prensa decimonónica de La Palma", en *Revista de Historia Canaria*, núm. 180, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, Tenerife, 1998, pp. 153-175.

que partiendo del Teide, termine en la ensilladura o degollada que forman las cumbres de La Palma... ”⁵⁶.

Aquí hubiera acabado el interés de Manrique por San Borondón, de no existir las expediciones históricas armadas en su busca durante los siglos de la credulidad. Ellas seguramente incitaron, a nivel del subconsciente, su íntimo anhelo por los viajes de descubrimiento; o sea, la ensoñación más profunda, apasionada e inconfesable de su vida: ser un Hannon, un Angiolino del Tegghia o un Cristóbal Colón de su tiempo. Esta impronta mental del autor intervino, sin duda, en su elección de la última expedición a San Borondón (1721) como tema para una novela corta histórica: *El Descubrimiento de San Borondón*. Documentada con amplitud en la obra magna de Viera y con un desenlace especulativo muy sugestivo, Manrique presentó con éxito su manuscrito a los Juegos Florales de Santa Cruz de La Palma en 1905, como se verá en seguida.

En enero de 1905, Tomás Sotomayor y Pinto, presidente de la sociedad deportiva *Nuevo Club* de la capital palmense, promocionaba en la capital tinerfeña los juegos florales palmeros que tendrían lugar en mayo siguiente, organizados por aquella asociación como parte de las fiestas lustrales de la Bajada de la Virgen. Sotomayor pedía el concurso de los escritores canarios⁵⁷ y repartía un folleto de nueve páginas con las bases del certamen literario, editado por la antedicha sociedad y publicado el 23 de enero en *Fénix Palmense*. Había un apartado en verso, con diversos temas, y otro en prosa, a su vez subdividido en cuatro áreas: Historia de La Palma, agricultura canaria, deportes y novela histórica sobre asunto canario. Los trabajos, presentados por sus autores bajo un lema, deberían ser originales e inéditos, y *Nuevo Club* se reservaría el derecho de publicar —tirada máxima de 500 ejemplares— las obras premiadas en las distintas áreas por el Tribunal, presidido por Adolfo Cabrera Pinto, director del Instituto General y Técnico.

Los premios consistían en regalos donados por distintas instituciones provinciales: Capitanía General, Obispado, Diputación, Gobierno Civil, ayuntamientos de las capitales tinerfeña, grancanaria y palmera. Manuel González Méndez ofrecía una acuarela suya y el diputado Pedro Poggio un regalo desde Madrid⁵⁸.

Los Juegos Florales tuvieron lugar con todo esplendor a comienzos de mayo de 1905. Según *Fénix Palmense*, fue la fiesta cívica más grande jamás realizada en La Palma en los cuatro siglos de Conquista⁵⁹, siendo su “mantenedor” el escri-

56. Antonio M. Manrique: “San Borondón y La Palma”, *La Solución*, núm. 258, 7 de diciembre de 1903, p. 2.

57. “Vida social en Canarias / El Nuevo Club” (Sin firma): *Fénix Palmense*, núm. 231, 21 de enero de 1905, p. 2. Tomado del periódico *la Unión Liberal*.

58. “Los juegos florales” (Sin firma): *Fénix Palmense*, núm. 297, 15 de abril de 1905, p. 1.

59. “De fiestas” (Sin firma): *Fénix Palmense*, núm. 310, 11 de mayo de 1905, p. 1.

tor Francisco González Díaz y coronada reina de la misma la señorita Bella Casanova López. En el capítulo de poesía triunfó el joven modernista palmero Tomás Felipe Camacho, de 17 años, para quien el certamen supuso su lanzamiento literario. En el capítulo de prosa fueron premiados Pedro J. de las Casas Pestana, en el área de historia local; Alonso Pérez Díaz, en el área de deportes; y Antonio María Manrique, en el apartado de novela⁶⁰.

Su obra, *El Descubrimiento de San Borondón*, llevaba el lema “¡Luz, luz; siempre más luz!”, inspirado en las últimas palabras de Goethe en su lecho de muerte en 1832. Manrique añadió significativamente el adverbio de tiempo, que convertía la frase goethiana en un conciso y perfecto manifiesto de su talante inquisitivo e inconformista, de su afán de conocimiento, de su mentalidad de descubridor en definitiva.

Como quiera que no concurrió físicamente a la fiesta literaria palmera, según las bases del certamen no debió de recibir el premio que le cupo en suerte: dos estatuas donadas por el Ayuntamiento de Las Palmas. Sí, en cambio, es posible que la sociedad *Nuevo Club* le publicara su novela ese mismo año de 1905, bajo el título *San Borondón o la isla misteriosa*. Digo posibilidad porque no he podido localizar dicha publicación, citada por don Agustín de la Hoz en su semblanza biográfica de Manrique en 1961, y recogida después por los autores citados en la primera nota a pie de página de este trabajo. Por tanto, aún no tengo datos fehacientes para saber si ambos títulos, el del manuscrito y el de la supuesta edición, corresponden a la misma novela, o si son trabajos distintos.

De cualquier modo, es la obra manuscrita la que resumiré y comentaré a continuación. Se trata de un cuaderno cosido de 21 x 15'5 centímetros, custodiado en El Museo Canario de Las Palmas de Gran Canaria, que contiene 101 páginas en buen estado de conservación⁶¹. Su valor literario, sin embargo, es muy pobre. El texto está mal estructurado y poco trabajado. No hay continuidad en la acción. Salvo el primero y el último de los capítulos, el resto es un relleno en buena parte copiado del ilustrado Viera, casi sin ilación y muy escasamente novelado.

IV.1. 1721, EL DESCUBRIMIENTO DE SAN BORONDÓN. LA NOVELA

Manrique inicia su relato en la Corte de los Reyes de España a fines de noviembre de 1713. Por efecto del Tratado de Utrecht, que puso término a la Guerra de Sucesión, España ha perdido sus posesiones en Italia y los Países Bajos, así como el peñón de Gibraltar y la isla de Menorca⁶², razón por la cual

60. “De fiestas II” (Sin firma): *Fénix Palmense*, núm. 312, 12 de mayo de 1905, p. 1. [Sic].

61. El Museo Canario: *Archivo Antonino Pestana*, Caja 24, Legajo 47, Letra C.

62. Por el Tratado de Utrecht, firmado en abril de 1713, a cambio del reconocimiento del rey Felipe V, España perdió los Países Bajos, que pasaron a manos del Archiduque Carlos; Gibraltar y Menorca, apropiadas por Inglaterra, el país que salió más reforzado en el nuevo

Felipe V e Isabel de Farnesio, ávidos de resarcir las pérdidas territoriales del Imperio con nuevas conquistas, fijando su interés en la misteriosa isla de San Borondón, convocaron a su ministro favorito, el abate Julio Alberoni⁶³, a una reunión privada:

“- Vamos a ver, Alberoni, preguntó el monarca, ¿qué sabéis de esa isla?

- Hace mucho tiempo, señor, contestó el ministro, que vengo oyendo hablar de ella. Si no estoy equivocado, me parece que se sitúa al Occidente de las Canarias, como a 37 leguas del Pico de Tenerife, a unas 13 de La Palma y a cosa de 16 de la isla del Hierro. Dicen que es un vergel, un verdadero paraíso. Lo que si es muy cierto es haberse visto muchas veces; pero, tratándose de llegar a ella, todas las tentativas han sido inútiles.

- ¡Cosa rara!, exclamó la reina, fijándose en un mapa que había sobre la mesa”.

Alberoni, conocedor del tema, continuó exponiendo a los monarcas los puntos de vista existentes sobre San Borondón, desde la fe popular en una isla inencontrable por razón de encantamiento, hasta la incredulidad de la elite intelectual, pasando por quienes aseguraban que para dar con ella bastaría sólo perseverar contra las adversas corrientes marinas circundantes. A pesar del escepticismo del ministro, proclive a la opinión del ilustrado Iriarte⁶⁴ (“que se ve, eso sí, pero que no existe”), la pareja real pareció predispuesta a creer a poco que la isla aparecía dibujada en algunos mapas importantes:

“- ... ¿y es muy grande?, preguntó la reina a su ministro.

- La hacen llegar, señora, a más de ochenta leguas.

- Pues siendo así, contestó la dama sin vacilar, conveniente será agregarla al Archipiélago, antes que los ingleses se la lleven, ¿no es así Felipe?

El rey hizo una afirmación con la cabeza, añadiendo:

ordenamiento internacional, pues supuso la base de su incipiente expansión colonial; y los territorios italianos del Milanesado, Cerdeña, Sicilia y Nápoles, que fueron para el duque de Saboya.

63. El cardenal Giulio Alberoni (1664-1752) fue efectivamente ministro de Felipe V, protegido por la segunda esposa de éste, Isabel Farnesio. Su política militarista estuvo centrada en la restauración imperial tras la debacle del Tratado de Utrecht, en particular la recuperación de los territorios italianos. Reorganizó el ejército y la armada, merced a lo cual se reconquistó Cerdeña y Sicilia, pero la derrota de Pessaro (1718) provocó su caída. Manrique sitúa perfectamente el supuesto interés por San Borondón en el contexto expansionista promovido por la Farnesio y Alberoni.

64. ¿Licencia literaria o lapsus inconsciente? Tomás de Iriarte, el escritor y dramaturgo autor de las fábulas, que no otro es el personaje citado por Manrique, no pudo nunca mantener una conversación con Alberoni. Iriarte nació en 1750, dos años antes de morir el italiano y casi tres décadas después de los hechos de la novela. Respecto a las tres teorías sobre San Borondón enunciadas por Alberoni, Manrique las toma de la obra de Viera [*Op.cit.*, tomo II, p. 62].

- Creo que convenga darse prisa, antes de que las cosas lleguen a complicarse. Preciso es escribir a las autoridades de Canarias, a fin de que pongan el mayor empeño en ir en busca suya, celebrando antes congresos para debatir el punto de si es o no accesible. ¿Entendéis? Y de ser así, de poderse aportar a esa hermosa tierra, que hagan cuantos esfuerzos sean precisos hasta desembarcar en *San Borondón*...⁶⁵".

La acción se traslada —en el segundo capítulo— a la ciudad de Las Palmas un 24 de junio de 1714. Allí habían sido convocados representantes de todas las poblaciones isleñas para tratar de la restauración de los regentes de la Audiencia de Canarias. Después de 86 años sin ellos, pese a la opinión contraria de los comisionados canarios, el visitador Saturnino Daoiz, oidor de Sevilla, consiguió imponer el criterio regio favorable, burlando la voluntad de los isleños⁶⁶. Y en efecto, Lucas Martínez, favorito de la reina, ocuparía el cargo de regente para satisfacción de Daoiz, quien se vanagloriaba ufano de su triunfo ante el alférez mayor Pedro del Castillo: "...os aseguro, amigo señor Castillo, que si llego a empeñarme y lo pongo por obra, hasta descubriré la isla de *San Borondón*, por más que se presenten las mayores dificultades...".

A lo largo de una decena de capítulos —del tercero al decimocuarto inclusive, salvo dos intermedios—, Manrique, con la excusa de contextualizar el hecho histórico de la expedición de 1721 a San Borondón, y siguiendo fielmente la *Historia de Canarias* de su admirado Viera, arremete contra el reinado de Felipe V, desde el Sitio de Barcelona hasta las intrigas palaciegas, deteniéndose, en particular, en su inicial política regalista en Canarias. Denuncia tanto la presencia de funcionarios regios negligentes y corruptos, como el juez factor de los tabacos, Navarro, recaudador de impuestos abusivos a quien una revuelta popular obligó a salir del Archipiélago en enero de 1718, cuanto el choque del nuevo modelo administrativo borbónico con el anterior de los Austrias, que llevó al asesinato del intendente Cevallos en 1720.

En medio, Manrique reserva los capítulos V y VI para referirse con cierto desdén a los jesuitas, a quienes supone interesados en la aventura descubridora de San Borondón, a raíz del episodio, amplia y cómicamente recreado, de la ocupación del colegio jesuita de La Orotava por 40 monjas dominicas en 1717, tras incendiarse el monasterio orotavense que habitaban⁶⁷. Y así, desplazados a la

65. Nótese el talante dominante de la Farnesio sobre su marido que le otorga Manrique, históricamente real, pues Felipe V, el primer rey de la dinastía de Borbón en España (1700-1746) tenía un carácter apático y huraño, con ribetes de anormalidad, gobernando al cabo su esposa por él.

66. Manrique sigue una vez más el relato histórico de Viera y Clavijo, incluso incorpora citas textuales de éste, sólo añadiendo diálogos de su magín y un novedoso toque maquiavélico y prepotente a Daoiz.

67. Otra vez Manrique reproduce en buena medida la crónica de los hechos, y aun parte de los diálogos, del ilustrado Viera. El convento de dominicas de Santa Catalina, en La

fuerza, el padre Dávila, rector del colegio, y el padre Tabares, su coadjutor, conversaron sobre la necesidad de un nuevo hogar donde establecerse:

“... - Padre Tabares, yo creo que en estas islas no hemos de adelantar gran cosa. Noto que a pesar de tantos cristianos viejos de noble estirpe como hay aquí, son muy pocos los que prestan eficaz apoyo a nuestra empresa. De aquí que se me haya ocurrido una idea.

- ¿Cuál?, preguntó el P. Andrés Tabares, esperando alguna cosa buena.

- Irnos a *San Borondón*, que dicen es un gran país. Una isla virgen, donde todavía no ha llegado nuestra compañía a sentar sus reales. Además es una tierra fertilísima, de hermosos bosques y susurrantes arroyos...”.

La isla de San Borondón, según Antonio María Manrique, era, pues, un atractivo objetivo político de la Corona, un plato de gusto para los jesuitas y un lugar idílico en el decir de la gente, que la imaginaba como una hermosa tierra donde se vivía sin trabajar. Coincide esta apreciación de Manrique del sentir popular con una de las motivaciones últimas de la expedición, sobrellevar la aguda crisis económica que azotaba a las islas, según Bruquetas y Toledo Bravo de Laguna⁶⁸.

Pero sigamos con la novela. El sueño revitalizado de San Borondón produjo, al fin, el 28 de octubre de 1721, una importante reunión en La Laguna, en la casa del capitán general Juan de Mur, donde habían sido convocadas las personalidades más notables de Tenerife para debatir la posibilidad de una nueva expedición a la isla perdida. Manrique opone dos posturas entre los concurrentes: la incrédula, representada por el capitán Juan de Urtusátegui (“...dudo mucho de la realidad de semejante tierra, que a mi humilde juicio, no pasa de ser la imagen de La Palma, apareciendo siempre con la misma forma y en el mismo paraje...”); y la crédula, entre otros de los clérigos Francisco del Cristo, para quien se trataba de una isla verdaderamente encantada, y Pedro Conde, quien consideraba “...que con tantas apariciones algo nos quiere decir, algo que no hemos entendido nosotros todavía; en su consecuencia, creo que allá debemos ir nosotros para desentrañar el misterio”. Urtusátegui, finalmente, propuso una resolución que

Orotava, se quemó el 31 de agosto de 1717. Las monjas ocuparon impetuosamente el colegio jesuita, donde permanecieron cerca de un año, mientras sus primitivos ocupantes se las arreglaban en el entresuelo de la casa del coronel Francisco Tomás de Alfaro, hasta que aquéllas pudieron regresar al convento reconstruido; cf. VIERA Y CLAVIJO, José de: *Op. cit.*, tomo II, pp. 257-267.

68. La crisis vinícola, unida a una crisis de subsistencia prolongada por malas cosechas en aquellas primeras décadas del XVIII, explicaría la expedición de 1721 a San Borondón como un intento de buscar una solución urgente a tanta calamidad; cf. BRUQUETAS DE CASTRO, Fernando y TOLEDO BRAVO DE LAGUNA, Luisa: “San Borondón. El contexto socioeconómico de la expedición de 1721”, *Vegueta*, núm. 2, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 1995-1996, pp. 65-71.

fue aceptada por mayoría de votos: "...que para que se acaben de una vez las dudas que aún puedan quedar, se envíe otra nueva expedición en busca de esa tierra, no fiándola como otras veces a ningún *Don Quijote* de Ultramar, sino a un sujeto de pericia, de providad y de toda confianza..."

El proyecto, promovido por Mur, recibió una aportación de 3.000 reales del Cabildo. Don Gaspar Domínguez capitanearía el más marinerero de los barcos disponibles —la balandra *San Telmo*—, a bordo de la cual se embarcaron, amén de la tripulación y de una compañía de soldados, los frailes Francisco del Cristo y Pedro Conde, en calidad de capellanes, y el comandante de la expedición, don Juan Franco de Medina. Por fin, un día de otoño de 1721, el navío salió del Puerto de La Cruz en medio de los vítores de una muchedumbre expectante.

Aquí termina toda sujeción de Manrique a la obra de Viera y Clavijo. En el capítulo XVI y último el autor queda solo a merced de su creatividad.

Con tiempo sereno y mar llana, el barco puso rumbo al Oeste, navegando unas 70 millas hasta avistar la punta de Fuencaliente en la isla de La Palma. De allí continuó en la misma dirección otras 80 millas, con la guía de la Estrella Polar, adentrándose en la parte del océano donde suponían que podría estar San Borondón. Muchos ojos observaban ávidos el horizonte marino desde cubierta, pero nada se divisaba.

Una noche se desencadenó un temporal tremendo. Los pasajeros se refugiaron en la cámara y el buque hubo de correr el vendaval para eludir el desastre. Al día siguiente, cuando la tormenta había amainado, todos subieron aliviados a cubierta, pero enseguida cundió la desolación porque nadie era capaz de fijar la posición del barco. Nuevas miradas anhelantes en derredor sin ver otra cosa que la inmensidad marina. El viento aún soplaba con fuerza empujando la balandra hacia el Norte, mas no se vislumbraba tierra por parte alguna. El capitán ordenó entonces poner proa al Sudoeste, manteniendo el rumbo durante un día y una noche. Nada. La pesadumbre y el miedo hicieron acto de presencia a bordo. Quien más, quien menos, prometía misas por las ánimas del Purgatorio, no ya para alcanzar sanos y salvos la isla escurridiza, sino cualquier puerto seguro.

En lo más hondo de la desesperanza, avistaron unas aves marinas al Norte y allí se dirigió el barco. Al fin, en lontananza, por estribor, divisaron una nubecilla gris, indicio claro de tierra insular. Ahora bien, ¿sería la isla de San Borondón?, se preguntaban:

“- *San Borondón*, contestó con firmeza un piloto tratando de tranquilizar los ánimos tan desfallecidos ya, pero sin tener la más ligera seguridad de conocer tal tierra.

- ¡Gracias a Dios!, prorrumpió cruzando las manos Fray Pedro Conde, ¡Gracias a su Divina Magestad, que se ha acordado de nosotros!

- ¡Ha oído nuestros ruegos y nuestras plegarias!, añadió Fray Francisco del Cristo, radiante de satisfacción. Bien decíamos nosotros que *San Borondón* tenía que verse, a pesar de tantas contrariedades y sinsabores”.

Ya no cabía duda. A unas 14 millas de distancia se veía la silueta de una isla montañosa y boscosa. La alegría fue descomunal a bordo por aquel “trascendental descubrimiento que tanto ruido iba a meter en el mundo”. Todos cantaban y bailaban y comían y bebían buen vino, inclusive los dos capellanes, brindando por el éxito de la misión.

Navegando en dirección NE al SO, a dos millas escasas a babor, eran ahora bien visibles una floresta exuberante y un terreno quebrado surcado de barrancos y valles, todo coronado por un monte empinado. El capitán Domínguez arrió un bote al agua. Los capellanes confesaron y comulgaron a los elegidos para el desembarco, a fin de que estuvieran en gracia de Dios, pues temían ahogarse si la isla encantada desaparecía súbitamente nada más plantar los pies en ella.

Así pues, el jefe de la expedición, el capitán del barco, los dos religiosos y cuatro marineros bogaron en el bote hasta la playa y desembarcaron con “religioso respeto”. “...Ambos religiosos —sigue contando Manrique—, cayendo de rodillas sobre aquel hermoso suelo, más hermoso aun que la tierra de Promisión de los hebreos, lo abrazaron y besaron como a una madre, regándolo con las lágrimas de verdadero reconocimiento”. A continuación, internándose un poco en la isla, los expedicionarios admiraron la belleza de sus paisajes, la espléndida vegetación, las fuentes, los bosquecillos, los pájaros canoros y el clima agradable que tanto les recordaba a las Canarias. No cabían en sí de orgullo y de satisfacción ante semejante magnificencia:

“-...¡Que vengan aquí ahora los incrédulos a negar la existencia de *San Borondón!*, exclamó Fray P. Conde.

- ¡Sí, añadió Fray Francisco del Cristo, qué gran país para fundar nuestro colegio de jesuitas!...”

Pero en seguida se vieron obligados a regresar, sin haber profundizado en su exploración, porque el viento arreciaba, presagio quizás de una nueva tempestad que haría peligrar el barco. Media hora hacía que habían zarpado, cuando vieron una pequeña embarcación proveniente de la isla que acababan de dejar. Le hicieron señas amistosas para que se acercase a parlamentar, observando con curiosidad que en el barquito viajaban cuatro hombres vestidos con una especie de mandil de pieles y un gorro puntiagudo con orejeras, y que parecían hablar en español, lo cual alegró enormemente a Fray Francisco del Cristo porque —se dijo para su capote— ello facilitaría mucho la evangelización de aquella nueva tierra descubierta. Al aproximarse al costado del buque, los “borondonenses” fueron preguntados por el nombre de un accidente geográfico que tenían a la vista, cómo se llamaba el punto de la isla donde habían desembarcado y cuál era su población más cercana. A cada una de aquellas preguntas, los expedicionarios oyeron responder, respectivamente, Punta Muda, Puntagorda y Garafía, añadiendo *los del barquito que precisamente en aquel momento se hallaban frente a la rada de Santo Domingo...* El comandante Franco de Medina, lívido, preguntó-

les por fin el nombre de aquella isla: “- ¡Güi!, exclamaron a la vez los cuatro del barquichuelo, ¿pues no sabe el caballero que esta es la isla de La Palma?...”.

Soponcio general en la balandra. “¡Vaya un buñuelo!”, exclamó el capitán Gaspar Domínguez. Horrorizados por el bochorno que les aguardaría a la vuelta si contaban lo sucedido, todos se conjuraron para sellar sus labios y no decir jamás el desenlace de tan singular aventura.